

## Encuesta

# ¿Qué vigencia tiene en la presente situación el ideal emancipatorio?

Con la formulación de esta pregunta a personas con trayectorias teóricas y vitales distintas, buscamos recoger algunas de las respuestas que surtirán la cuestión central de este número. La libertad de las mismas no las extrañó.

### José Aumente

Político y escritor

En una época en que se ponen en duda todas las proyectos de transformaciones globales de la sociedad, no tiene nada de extraño que el ideal emancipatorio también se encuentre hoy en crisis. Cuando estamos presenciando que un país como Yugoslavia, que en 1948 pretendió y puso en práctica un «socialismo autogestionario» como nuevo «modelo de sociedad» —emancipatorio del hombre—, haya caído ahora en un proceso de «oligarquía étnica» absolutamente inconcebible, es algo más en el hombre. Posiblemente su cerebro límbico. El «hombre nuevo» no está a la vista. Vivimos una época de decepciones.

Por otra parte, ¿emanciparse de qué? Bien es verdad que estamos tan ligados al «medio», tan interrelacionados con éste, que probablemente mucho más exacto sería hablar de «nivel de autonomía para mejor desarrollarse». Pienso que sólo con esas limitaciones podrá plantearse hoy el tema de la liberación del hombre, objetivo absolutamente inalcanzable en la medida en que éste, el hombre, fundamentalmente consiste en la última y más compleja unidad autogestionada de la naturaleza. Un más alto nivel de emancipación supondría, pues, un salto cualitativo, sustantivo, que nos relacionase otras posibilidades humanas de relacionarnos con el mundo. Y aunque las condiciones del «medio» —culturales y económico-sociales— son necesarias para el cambio, no son suficientes. Hasta ahora sólo nos hemos preocupado de dominar el mundo y la naturaleza para mejorar el destino humano. Y en esto ha consistido el famoso progreso, y no

cabe duda de que se ha acertado. Pero de aquí a dar el «salto cualitativo» queda un abismo. ¿Hay un camino para saltarlo? Hasta ahora las experiencias históricas constituyen un relato de fracasos sucesivos.

### Juan Ramón Capella

Graduado de Filosofía del Derecho, Moral y Política de la Universidad de Barcelona.

El mito escatológico de construir un Paraíso en la Tierra ha dado en el siglo xx en más de un infierno verdadero. El ideal emancipatorio ha de abandonar la escatología y reconocer que su fuerza mediadora —la fuerza que lleva de una cultura a otra mejor para todos— es siempre ésta. Ha de aprender a vivir sin seguridades absolutas, a reconocer en la incertidumbre una necesidad de pensar y de esperanza.

Cuando el ideal emancipatorio vuelve a poner los pies en la tierra en este final del siglo xx, percibe, sin embargo, que pisa un infierno más real que el que jamás se pueda imaginar. La lógica ciega del capitalismo productivista sacrifica poblaciones y destruye a generaciones enteras de seres humanos; tanta capacidad tecnológica y tanta impotencia para la humanidad. La barbarie avanza a la vez en el «Sur» y el «Norte» del mundo, que cultivan sus específicas imperancias. Aquí, en la crisis, con la creciente dificultad para vivir se reúnen no sólo las culturas populares, sino también las culturas «abiertas» y «científicas» —que es bien poco decir— de la democracia política. En el «Sur», de la nueva pobreza brotan luchas sociales también nuevas: el asesinato de mujeres de rua, nuevas formas de trabajo esclavizado, el comercio de niños o los secuestros de

personas para traficar con sus órganos. (¿Medida de la barbarie? Se ha pasado de apagar los ojos del moribundo a apagar los ojos del televisivo, con sus increíbles imágenes).

La problemática ecológica hace imposible seguir produciendo como hasta ahora y también que todo el mundo viva como hasta ahora ha vivido el «Korte».

La incapacidad de las instituciones existentes para reorganizar el mundo es manifiesta. El capital (la energía social que sólo sabe funcionar como capital) tiene el problema de que no necesita el trabajo de todos, pero sólo puede organizar la producción tratando el trabajo humano como una mercancía más.

Aún las cosas, el ideal emancipatorio es más necesario que nunca lo ha sido en la historia. Pues de la fuerza para apelar en favor de la humanidad en un universo desolado; por la solididad en un mundo egoísta. Es fuerte, porque la energía que genera no se consume en capital y puede gastar por sí misma en las relaciones entre nosotros.

La situación presente no parece propicia para el optimismo. Pero el ideal emancipatorio, aparte de que no puede desaparecer (no es capaz de ello), tiene una raíz para la esperanza: si ha abandonado la escatología, siempre puede —haciendo escatología al revés— ver los males como el Mal absoluto. Aliviar el mundo vuelve a ser, pues, cuestión de inteligencia y de energía y, por supuesto —claro es—, de compromiso con los otros.

### Carlos Gabetta.

Divides de contradicciones  
y Le Monde Diplomatique.

Pero ideal jamás perderá vigencia, porque, así como no es posible imaginar la nada, es imposible imaginar al hombre sin objetivos. Y la emancipación ha sido, es, siempre será el objetivo de la especie humana, que nunca se ha limitado a sobrevivir como las otras especies. Hay cierta neurología en la pregunta, que promete probablemente de asociar emancipación sólo con políticos. La historia humana es la de los esfuerzos del hombre por emanciparse, es decir, por ser libre de toda tiranía, por avanzar a voluntad. Primero de la naturaleza, que se le imponía

como algo amibroso, desconocido. Cuando no podía dominar la naturaleza, o al menos entenderla y ponerla hasta cierto punto a su servicio, el hombre recurrió a los dioses, para la conformación explícita de lo implícito con meditaciones, rituales y otras prácticas, como a los ritos. Ahora lleva siglos tratando de emanciparse de los dioses que él mismo creó.

En algún momento el hombre empezó a tratar la muerte, su propia capacidad de suicidarse, como la vía emancipadora. Sólo el que no sé nada. Desde Sócrates hasta el presente, algo así como cartesianos pasaron muchos siglos y muchas cosas en la historia humana. De una manera confusa y contradictoria, con avances y retrocesos y con grandes horrores oscuros donde el pasado persistiese, el hombre se fue liberando del esclavismo, del feudalismo, de la monarquía. El Renacimiento, el Siglo de las Luces, el Contrato Social, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la Revolución Francesa y la Independencia de los Estados Unidos inauguraron lo que se conoce por modernidad: la noción de individuo por y para sí, individualmente ligada a la de sociedad. El hombre es uno y todos éstos, según /según sí. Si en Grecia se había dicho (como que Aristóteles) que el hombre es un animal político, la evolución emancipatoria lleva al hombre a considerarse un animal más. Pero en sí sólo en términos históricos y filosóficos, aunque en todo el mundo sigan creyendo sobre los hombres los animales políticos y nosotros ahora a un mundo en fuerza del individualismo, esa noción prevalece.

El animal asíntotico enfrenta ahora el desafío de entender y controlar esta noción en todo el género. Si la naturaleza, al menos la inmediata, se híbrida, no constituye un problema para él. Dios, los dioses, tampoco. Ya sabe que como individuo su vida es limitada, aunque pueda prolongarla, y que como especie está sujeto a mutaciones que quizá comprendan su extinción. Por eso intenta mejorar su vida y sabe que sólo lo logrará si mejora la de toda la especie y protege la naturaleza. Ahora debe emanciparse de su propio pasado: el hombre político, aquel que ya era capaz de filosofar, de producir maravillosas obras de arte y que



La O'Neil

convencidos a mantenerse de igual a igual con la naturaleza, pero sometidos esclavos y concebidos a todo extranjero como un enemigo, a toda posesión ajena como algo a conquistar con derecho y por la fuerza, más así entre nosotros. Pero aún se observaban rasgos más nobles, incluso y quizá sobre todo, en lo que se conoce como mundo democrático y desarrollado. Mañana habrá una emancipación: la ignorancia del universo, de la nada, de la muerte. Y pasado mañana...

**Luis González-Carvajal**

Secretario. Profesor del Instituto Superior de Teología San Esteban.

Entiendo que la pregunta se refiere no a la vigencia ética, sino a la vigencia social, es decir, no si debería tener vigencia el ideal emancipatorio, sino si de hecho la tiene. Y respecto social es decir, no en algunas minorías injustas, sino en el conjunto de la sociedad. Además, considero que la pregunta se refiere a los ideales de emancipación colectiva, y no a la mera promoción individual. Pues bien, después de hacer esas tres aclaraciones, debo responder que hay tiempo como siempre. Dos son, en mi opinión, las principales causas. En primer lugar, la crisis del colectivismo hace que hoy no existan modelos alternativos de organización social. En segundo lugar, la cultura promoderna trajo consigo la crisis de la fe en el progreso que caracterizó a la modernidad e incluso la crisis de la idea misma de historia, proclamando el eterno retorno de lo igual. Lo curioso es que todo esto no parece haber compensado ni tragedia ni apocalipsis. Lo que ha surgido es simplemente la apoteosis del individuo. Un continuo bombardeo publicitario ha conseguido convencer a la población de que lo importante es el mundo de lo privado. Único-mente allí, en lo más manejable de nuestras biografías, están las atribuciones —fanzines— que puede darnos la vida: relaciones familiares, consumo... Hacer tanto años una agencia de viajes francesas hizo su publicidad con el siguiente slogan: «En un mundo totalmente cínico, una sola cosa merece que usted se recostee por ella: sus vacaciones». Así, como sueta.

**José Miguel Ortel**

Aspirante y editor

Lo que se podía llamar ideal emancipatorio en la tradición cultural socialista. Eternaria, en



definitiva anticapitalista, hacía referencia a la emancipación de las estructuras sociales. Con una perspectiva poco ligada de la condición humana, el nivel de reflexión antropológica estaba en orden. La Iglesia ofrecía ese vistazo antropológico de reflexión crítica respecto al capitalismo y, más allá, respecto de la condición humana. Desde el ámbito de la cultura cristiana, se hablaba de emancipación del pecado, de la muerte, de la contradicción humana; y su proyección política estaba dificultada por la batalla a menudo entre los dos poderes: el capitalista y el anticapitalista. La caída del muro, el «crisis» del capitalismo, ha dejado a la izquierda carisma de cualquier instancia crítica desde la que realmente puede emanciparse de algo. Ha habido como una especie de reconciliación con los motivos últimos de la modernidad: estamos bien, estamos bien, que funcionen las carreteras, que funcione el Estado, que funcione todo. En los

términos en los que antes se daba, estrictamente económico-político-social, yo creo que el ideal emancipatorio está prácticamente liquidado. Pero los problemas están más al fondo. Por eso se ha instaurado un cierto diálogo entre Iglesia y mundo pensante moderno, que no es estrictamente político, como lo era hace veinte años. Es un diálogo que se instaura sobre preguntas religiosas, sobre el significado del hombre, de la vida social... España está todavía muy bloqueada en esos diálogos.

Se revive el ideal emancipatorio. Mucha gente, no teniendo otra instancia crítica, se rinde a su desecho. Esto es terrible. Vivimos un proceso de homologación de una gran parte de la antigua izquierda al sistema; es decir, de repente se reconoce en los ideales ilustrados, que son el soporte de la human modern and de las actualizaciones.

Hacíamos de esperanza los veos en la experiencia cristiana que vive y en algunas otras realidades vivas de la Iglesia. Hay una Iglesia que busca a través de diversos movimientos, en último, fundamentalmente, a personas que viven hoy un camino vivo del Espíritu. Esos lugares que buscan están en la frontera con algunas personalidades bílicas... Esa es la esperanza.

La única actitud que se me ocurre recomendar que la gente no se rinda, que siga buscando veo, que no se rinda al desecho. Esto es difícil. El desecho se alimenta de la belleza, de la experiencia del amor, y no de los chorrados que nos venden. Me despierta la energía ver a una persona que quiere de verdad. Lo que se despierta es el Ser. Despierta en el ser humano la correspondencia con el ser, y cuando vos más ser en una persona, se pone en marcha.

Corresponde, pues, seguir todos los encuentros significativos que uno tiene en la vida, no abandonar la relación... y desarrollar la humildad de pedir. No pedir para el que todavía no vive y para el cristiano que cree. Porque, en definitiva, la fe es un don de cada día y es don y tarea; se pide todos los días y se celebra todos los días. La fe es un don. Si se deja de cultivar, se puede encontrar uno en la mejor que le ha pasado en la vida. A